

Las tretas de la memoria

Rafael Antúnez

Siempre hay un momento en la vida de cualquier hombre que transforma radicalmente su existencia, incluso su pasado y aun la forma de contemplar su pasado, ese paisaje cambiante que siempre estamos modificando a nuestra conveniencia y arbitrio y en el cual emergen de vez en cuando formas no deseadas u olvidadas. Porque a veces uno recuerda sin querer, es decir, sin recurrir a esas fórmulas o conjuros de los cuales nos valemos: "¿te acuerdas?", "¿cómo se llamaba?", "aquí había" y todas esas invocaciones y evocaciones que nos conducen inmediatamente hacia el pasado, esa tierra de nunca jamás, a la que, con una tenaz persistencia, volvemos una y otra vez. Tras pronunciar esos conjuros, *se levantan muros anteriores, la memoria trae sombras de paredes al terreno baldío, yergue fachadas sobre las que ahora existen y ahí quedan temblando por momentos, traslúcidas, una película de nostalgia sobrepuesta a lo actual.* Y en ese tablado de aire revivimos (nunca fue la palabra más exacta) lo que hemos sido. Algunas veces, emergen (sin ser convocados) rostros, que a primera vista no reconocemos, frases nunca dichas o escuchadas. Esa memoria involuntaria, sobre la que no podemos ejercer ningún tipo de dominio, es la que acude a nosotros y transforma nuestra vida. Sin previo aviso manda sus mensajes y éstos nos tocan en lo más vivo. A veces puede ser una bendición, pero otras, casi siempre, la memoria se torna una tortura, una bestia que nos habita y domina y lentamente nos vuelve sus esclavos. Tal es mi caso: busco recuerdos en un inútil afán por olvidar.

Tras la muerte de mi esposa, mi vida se tornó aún más rutinaria de lo que ya era. Sin ella ignoraba qué hacer con el tiempo, su ausencia lo petrificó y tornó mis días insostenibles. Generalmente los gastaba durmiendo. No fui capaz de encontrar otra forma para combatir su paso y mi dolor. Pero éste era un recurso bastante limitado. Muy pronto empecé a padecer insomnio y el paso del tiempo me resultó aún más lento.

Durante muchos años esperé con ansia mi jubilación. Ésta representaba para mí la posibilidad de dedicarme al ocio: leer novelas policíacas, ver viejas películas por la televisión, terminar un estudio sobre la pintura de Egon Schiele que desde hacía años tenía sin concluir, viajar en invierno a la costa e ir de vez en cuando a alguna exposición. Nada de esto pude hacer.

Faltando poco para mi jubilación, mi esposa murió en un accidente automovilístico. Es muy probable que yo nunca hubiese sospechado que ella tenía un amante (¿se puede pensar en infidelidades tras treinta y cinco años de matrimonio?), y de haberlo hecho, estoy seguro de que no me hubiese importado gran cosa. Eso es algo que no entienden. Todos creen que fue debido a ello que mi vida se trastornó de esa manera (mi mujer murió junto con su amante. Al salir de un motel, un camión sin frenos se estrelló contra su automóvil. Fue todo un escándalo). Están equivocados. De haberlo sabido, como ya he dicho, no habría movido un dedo... La depresión que me embargó tras su muerte, hizo que abandonara mis clases. En la Universidad los trámites de mi jubilación se aceleraron, y una tarde, un mensajero se presentó en mi casa con un oficio en el cual me "invitaban" a firmar los documentos que me permitirían cobrar mi sueldo sin prestar ya ningún servicio. En una ceremonia que duró diez minutos, el Director del área ensalzó mis méritos y, por lo bajo, me ofreció sus condolencias y me conminó a tomar las cosas con calma. Todos pensaban que me había vuelto loco.

No tardé mucho en descubrir que la jubilación no era lo que necesitaba. En realidad no sabía con exactitud qué necesitaba, pero era obvio que no era ocio. Sin ánimos para nada, me encerré en mi casa y, como ya he dicho, pasaba buena parte del tiempo durmiendo. No visitaba ni recibía a nadie (cosa que no lamento en absoluto), yo mismo me cocinaba y lavaba mi ropa, y salía sólo para lo indispensable: dos veces al mes para cobrar mi cheque (desarrollé la costumbre de tener siempre una fuerte suma de dinero en mi casa, no lo gastaba en nada, pero a veces, a mitad de la noche, me paraba a contarlo. El contacto con el papel crujiente me brindaba cierto placer. Dicen que Picasso en sus últimos años era incapaz de pintar si no tenía cuando menos trescientos mil francos en el bolsillo de su overol. Yo lo comprendo perfectamente: si algo se llega a ofrecer, uno dispone de una buena cantidad para conseguirlo), después pasaba al supermercado. De nuevo en mi casa me acostaba. Sin embargo, una noche bastante calurosa, me sentí sumamente inquieto y decidí salir a caminar. Hacía meses que no paseaba de noche. Cuando se conoce una ciudad de toda la vida, lo mejor es caminar de noche por ella (esto es una certeza que poseo ahora, en aquel entonces, fue sólo un descubrimiento). Las sombras y el silencio la tornan más íntima y ocultan en cierta forma las muchas modificaciones que ha sufrido y que a la luz del día, resultan intolerables.

Caminé sin rumbo fijo durante más de una hora, al cabo de la cual, me sorprendí muy cerca de mi casa. No estaba cansado, pero sí bastante más tranquilo que al salir, así que decidí regresar. Esa noche no me costó mucho conciliar el sueño.

Al otro día estaba seguro de haber encontrado la solución a mi insomnio. Desperté bastante tarde y hambriento. Una sensación de inexplicable tranquilidad me embargaba. Me bañé y me preparé un buen desayuno.

Leí durante más de cuatro horas y para mi sorpresa, me quedé dormido. Cerca de las 10 de la noche desperté sintiéndome como nuevo. Me hice un sandwich y tomé una buena ración de agua. Después de arreglarme salí a la calle. Me sentía muy bien, ligero y animoso. Caminé sin rumbo. La noche era fresca y me invitaba a seguir paseando. Fue entonces que me vino la idea de realizar una tarea absurda e imposible: recuperar los momentos más significativos de mi vida, tratar de recordarlos mientras caminaba. Noche a noche visitaría los distintos rumbos en los que habité y así iría reconstruyendo paso a paso mi vida y recobrando los momentos que la dotaron de sentido.

Pero las cosas no resultaron tan sencillas, conforme pasaba el tiempo fui descubriendo cuán difícil era la tarea que me había echado a cuestras. No lograba encontrar entre mis recuerdos nada que pudiera considerar como realmente significativo. Por otro lado, descubrí que la estabilidad no era propicia para la evocación, y sí para la divagación. Descubrí que los recuerdos sólo acudirían en medio de una crisis. Pero ¿qué crisis iba a enfrentar yo, que llevaba un existencia parecida a la de una ostra, alejado por completo del mundo? Por otro lado, ¿qué era en verdad lo que buscaba con tanto afán? Aun ahora no lo sé, era algo perdido, pero no acertaba a saber qué. Sin embargo, era necesario que recuperara esos momentos, así fueran sólo unos segundos. Mi vida ha sido muy larga, llena de cambios que nunca alcancé a notar de manera cabal. ¿Existiría en verdad un momento en ella que me permitiera integrar a todos los que fui en el pasado? ¿Qué me unía (en caso de existir un lazo de unión) al niño que fui, al joven locuaz, al hombre indiferente y sin ambiciones, al aburrido cuarentón, al viejo que ahora era? ¿Qué podía tener en común con todos ellos? La vida se me fue de las manos sin siquiera notarlo. De pronto desperté siendo un viejo que recorría por las noches la ciudad, buscando algo que ni siquiera él mismo alcanzaba a saber qué era. ¿A mí mismo? Pronto dejé de ser yo y me convertí en una sombra más de las que vagan por las noches en la ciudad. No creo que me diferenciara en mucho de las prostitutas que no se resignan a pasar la noche sin hallar un cliente, del velador que recorre cuadras y cuadras con la certeza (o la esperanza) de que nada ha de pasar. Estoy seguro que en un momento dado, llegué a tener los mismos pensamientos que ellos, que el borracho que de pronto se pregunta ¿en dónde estoy? ¿Qué hago aquí?; del repartidor de periódicos que se dice a sí mismo sin darle ninguna importancia, "ya amaneció"...

Cierta noche en la que ya me encontraba lejos de mi casa, descubrí que había olvidado mis cigarros. En otra ocasión, esto hubiera bastado para ponerme de mal humor o deprimirme, pero esa noche no sucedió así. Busqué un bar y entré a comprar una cajetilla. El lugar se encontraba bastante animado. Me acerqué a la barra y pedí un paquete. El cantinero me miró y antes de darme la cajetilla, me preguntó:

—¿Eso es todo?

No supe qué responderle. No tenía ganas de tomar, no tomaba desde hace tiempo, al menos no en lugares como ese. Pero, me encontraba tan contento que no pude evitar el pedir una copa de anís.

Ordené una segunda copa (la última que pensaba tomar) y me vi al espejo. Suele sucederme que a veces no reconozco mi rostro, como si de pronto fuera otro. Cuando aún sentía un vivo y profundo interés por el arte (mismo que aniquilaron los muchos años de clases en la facultad), admiraba, por encima de todo, los autorretratos de Durero y de Rembrandt, ellos utilizaron el espejo como un instrumento de conocimiento, se valieron de él para realizar informes de su vida. Al hacer un autorretrato, de alguna manera estaban afirmándose, afirmando: "este soy yo". Mediante el espejo descubrían su identidad y la plasmaban en un lienzo. Pero a mí, lejos de servirme para reconocermé, me sirve para constatar que no me conozco, que el tipo que aparece reflejado en el espejo no soy yo, que la imagen que el espejo me devuelve es la de un hombre nunca antes visto. Quizás por ello, llegué a admirar tanto los autorretratos de Egon Schiele, porque en ellos, más que un testimonio sobre su personalidad, lo que ofrecía era un testimonio sobre la dispersión de la misma, más que una afirmación, sus autorretratos son una pregunta...

Una joven se paró a mi lado y me sonrió. Era bastante atractiva, o al menos a mí me lo pareció. Era menuda y morena, poseía un rostro bañado por un lánguido aire prerrafaelista, totalmente fuera de tono en ese lugar. Llevaba puesta una falda corta color arena y una blusa blanca de shiffon. Sus piernas eran largas y su piel brillante, calzaba una suerte de sandalias que dejaban al descubierto sus dedos. Al contrario de la mayoría de las mujeres, sus dedos eran pequeños y dueños de una suave redondez que les brindaba un porte casi infantil. Estaba un poco tomada, pero lo disimulaba muy bien.

—¿Me puedes regalar un cigarro?

El hecho de que me tuteara, lejos de molestarme, me agradó. Cuando uno pasa de los sesenta, es difícil encontrar quien te hable de tú. Me apresuré a dárselo y con movimientos bastante torpes, logré encender un cerillo. Ella sonrió y jaló un banco.

—¿Me puedo sentar junto a ti?

—Claro, no tengo inconveniente...

—Bueno, ¿y qué me vas a invitar?

—Bueno, yo en realidad estaba por irme... pero si gusta tomar algo, puede pedirlo, con gusto se lo invito.

—Sólo si te quedas, si no, no.

—Bueno, creo que no me caerá mal otra copa...

—¡Así se habla!

¿Por qué acepté? Lo ignoro. Tomamos varias rondas y cuando ambos estábamos bastante borrachos, decidimos ir a otro lado. Estaba tan contento, renovado. ¿Cómo pude pasar tanto tiempo sin vivir?

Salimos del bar y nos encaminamos hacia mi casa. Celia, como dijo llamarse, caminaba con dificultad, por lo que decidí tomar un taxi. Dentro del coche, empecé a besarla y a acariciarla, me sentía presa de un deseo incontrolable, no me importaba que el taxista me viera. Ella estaba más dormida que despierta y no opuso la menor resistencia.

—¿Si quiere —dijo de pronto el taxista— los dejo aquí?

Estábamos frente a un hotel de mala muerte. No dudé en decirle que sí. Pagué al recepcionista y con trabajos hice que Celia se bajara del coche y caminara hasta el cuarto que nos indicaron. Por fortuna no estaba lejos de la entrada.

Encendí la luz y la ayudé a llegar a la cama. Ella se dejó caer pesadamente. Esperé unos minutos hasta verla dormida. Entonces la empecé a desnudar. Lo hice despacio y con sumo cuidado, como si ella fuera de cristal y cualquier movimiento brusco pudiera romperla. El hacerlo de esa manera me produjo un placer aún mayor, sobre todo porque sabía que ella no iba a despertar. Su piel estaba ligeramente húmeda y olía a sudor y a perfume barato. Hice con ella cosas que en cualquier otra situación ni siquiera hubiera podido imaginar, cosas que me hubieran llenado de asco y de vergüenza...

Me vestí sin prisas y cuando me disponía a salir, me vino la idea. Al principio la rechacé con violencia, pero ésta ejercía un poder fascinante sobre mí y no pude resistirme. Abrí su bolsa y tomé el dinero. Era una suma ridícula, pero no me importó. Al salir a la calle encendí un cigarro y empecé a caminar. Muy cerca de mi casa, me topé con él.

Al dar vuelta a una esquina lo descubrí parado junto a un portón. Sin saber por qué lo hacía tomé unas monedas y me acerqué para dárselas. Pero él no hizo el más mínimo movimiento. Sólo se me quedó mirando.

—¿No las quieres? —le pregunté, pero el hombre aquel no respondió, sólo se movió ligeramente hacia la luz. Me quedé petrificado. El parecido que tenía con el Cristo de Grünenwald, era extraordinario. De pronto los efectos del alcohol, desaparecieron. El hombre volvió a mirarme (era dueño de unos ojos macilentos y temblorosos), sin reproche, sin ira, se diría que con piedad, y me dijo (su voz era espantosamente suave):

—Aléjate de mí, pecador. Arrepiéntete.

No acertaba qué pensar ni qué hacer. Una parte de mí, se negaba a aceptarlo, mientras la otra, hacía esfuerzos por no derrumbarse. Por un momento sentí, de una manera casi irreprimible, ganas de hincarme y llorar y pedirle perdón. Pero no, no era posible. Y sin embargo, ahí estaba: con esa mirada profunda y dolorosa, la nariz ganchuda, la barba desordenada y ¡las cicatrices en la frente!

Sin pensar en lo que hacía, le di un empujón y salí corriendo tan rápido como mis viejas piernas me lo permitieron. No paré hasta llegar a mi casa.

Como un niño cuando despierta en medio de la noche y llora y oculta el rostro bajo las sábanas, pasé las horas que me separaban del alba.

Durante varios días permanecí enfermo en mi cama, presa de horribles pesadillas, y de un remordimiento infinito. En cuanto me sentí mejor, volví al bar en busca de la muchacha, pero nadie supo darme la más mínima noticia sobre ella. Vagué semanas en busca de aquel hombre, siempre con la incierta certeza de que nunca más podría encontrarlo. Recorrí buena parte de la ciudad, los hospitales, la cárcel, los asilos... Muy tarde comprendí que había cometido un gran error al no comprobar su identidad.

Todo es tan irónico. Salí en busca de los momentos más significativos de mi pasado y sólo encontré el momento más significativo de mi presente. Ahora todo se ha contaminado de él. Sé que no podré librarme de ese recuerdo, que aunque luche, será imposible, por ello lo revivo una y otra vez, con la secreta intención de irlo deformando, de volverlo distinto, otorgándole una nueva significación. Pero la memoria es caprichosa y me devuelve el recuerdo de esa noche con una horrible nitidez. ¿Era o no era? Es un dilema que sólo al momento de morir podré resolver. O tal vez ni siquiera entonces.